

De tardes, sombras, aires, fuegos...

Es cómodo el sillón
la luz
levisima. Sujeto
un libro entre
las manos. Oigo
la lluvia cayendo
en los cristales. Cierro
los ojos.
Os quiero y me levanto.
Camino torpemente. Fluye
la tarde.
desciende a mi nivel;
enciende un llanto
difícil de apagar y, sobre todo,
los ojos de Javier
en el retrato. (Caballos y elefantes
en hilera. Besos-popós de plástico
esparcidos.
Y papeles, lapiceros de colores.,
caballos y caballos y caballos).

Doy otro paso. Tropiezo
con mi voz. Hago rodar
el aire de Raquel sobre la alfombra. Recojo.
Dejo
los sueños de Isabel sobre la mesa.
Cruzo
sin norte las hechuras del reloj. Ascende;
llega
un murmullo inevitable de fonemas,
de pies chapoteando
en las aceras. Bajo
los hombros. Me acerco
a la ventana. Pasan las nubes,
las horas sin canción,
las alas con sus pájaros oscuros.

Danza el viento. Desnuda
mi entrecejo. Señala
que no estáis
y que ha tomado
baluarte en esta casa
la ceniza.

Dejo el salón. Deambulo
tristemente. Recorro
insatisfecho
el territorio. Son pobre hacienda
seis metros de pasillo,
la cuna despoblada, mujer,
el repliegue de la escoba
adormecida; los ejes
de las puertas
sin tu risa. No obstante,
insisto en encontrarlos.
Voy perdiendo
lugar en las paredes —vade retro—,
anémonas de piel en cada esquina. (Es corto aval
la luz de dos espejos, mi frente
obnubilada,
el peso de mi paso en la tarima). Corro
visillos. Atisbo las muñecas, las caricias...
echo de menos
las manos necesarias: el fuego imprescindible
en cada alcoba.



Baja una lágrima —levanto la mirada—
sin cauce desde el centro
de la lámpara. Suena
la sombra, repica
en las baldosas, redobla hacia mi pecho
sin campanas.

Abro al silencio. Me acuesto
sobre un lecho
sin aguas, sin socaires...
sin riberas. Fijos
los labios. Trazando ya el regreso.
Segando un tiempo no nacido,
innecesario.

Adolezco —como veis— hacia la tarde
de este cierto desamor
por vuestra ausencia.

Pablo González de Langarica